



Muchos recuerdos infantiles: peces naranjas en el estanque del Campo Grande. / RUBÉN ABELLA.

EL SÉPTIMO DÍA por Rubén Abella



Pan con chocolate

Dicen que la infancia es la patria del escritor, y yo estoy de acuerdo. Entre sus pliegues, tras sus asombros y sus desilusiones, en sus oscuras tragedias y en sus blancos deslumbramientos se esconde el resumen perfecto de lo que somos. La infancia es, por así decirlo, una maqueta de nuestra vida. Una píldora en la que se comprime nuestro carácter y nuestra forma de estar en el mundo. Es ahí donde debemos buscar –si es que queremos conocerlas– las claves de nuestros misterios. Después todo son máscaras. Ocultaciones. El niño es el futuro, en contraposición al an-

ciano que es el pasado. Como dice Juan Eduardo Cirlot en su magistral *Diccionario de símbolos*, el niño es el hijo del alma. En cierta forma, todos nacemos y morimos siéndolo. La niñez, por tanto, abre y cierra el círculo de nuestros días. Nos enmarca. Y además es un buen tema de conversación. ¿Quién no ha compartido alguna vez sus recuerdos infantiles? ¿Quién no ha hablado del niño que un día fue?

Hace unos meses Umberto Eco publicó un libro titulado *El vértigo de las listas*, un curioso estudio antológico que contiene enumeraciones extraídas de textos litera-

rios de todos los tiempos: desde el inventario que hace Homero en *La Ilíada* del poderoso ejército griego formado ante los troyanos, hasta los insignificantes objetos que llenan el cajón de la cocina de Leopold Bloom en el *Ulises* de Joyce, pasando por listados incluidos en obras de, entre otros muchos, Dante, Shakespeare, Víctor Hugo, Mark Twain, Borges, Edgar Allan Poe, Virgilio o Rabelais. De este último se menciona una irreverente lista de formas de limpiarse el trasero y se detalla otra de los juegos a los que Gargantúa sabía jugar, entre ellos los volatines, el truíflor, la rayuela, el cinquillo, la secansa real, los bolindres, el bicho muerto, el gua y algo que el autor francés denomina «darse morradas».

Las listas que el libro de Eco nos ofrece son de todo tipo. Las hay útiles, poéticas, excesivas, razonables, caóticas. Algunas buscan el mero placer de la enunciación, o la eufonía del catálogo o, sencillamente, reunir elementos dispares. Otras tienen una motivación práctica y son finitas o, por el contrario, pretenden sugerir grandezas innumerables y transmiten el vértigo de los puntos suspensivos. Del etcétera. Todas, creo yo, nos hacen alber-

gar la ilusión de que podemos abarcar el mundo. O, si no abarcarlo, al menos ordenarlo un poco. Eso es lo que hace Maqroll el Gaviero, el inolvidable personaje de Álvaro Mutis, cuando en un delirio lúcido se detiene a rememorar los momentos que han marcado su desafortunada existencia: una moneda que se le escapó de las manos y se perdió en el desagüe de una alcantarilla; el sol que doraba las maderas del lecho donde durmió con una mujer cuyo idioma no logró entender; el entrecocar de los

La niñez, por tanto, abre y cierra el círculo de nuestros días. Nos enmarca

Naftalina en el ropero. Tortugas. Jilgueros. Hamsters. Un jersey con coderas

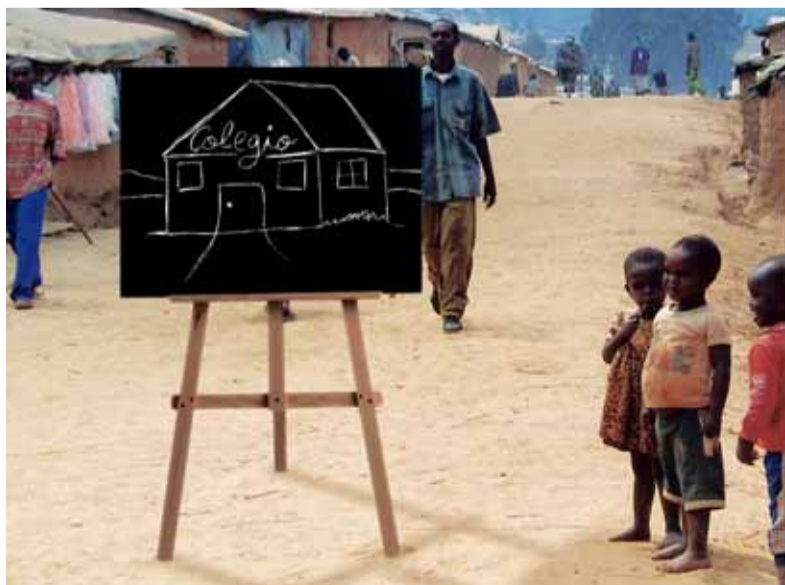
vasos en un sórdido bar; todas las esperas, «todo el vacío de ese tiempo sin nombre...».

La infancia y las listas: dos que-
 rencias de los escritores.

Permítanme que yo las junte en estas líneas.

Permítanme hacer una lista de mis recuerdos infantiles, de cuando yo también era un hijo del alma.

Lo primero que me viene a la cabeza, no sé por qué, son las perennes rozaduras en las rodillas. Luego unos calcetines verdes y unos bombachos granates. Castañas asadas en un cucurucho de papel de periódico. El dulce y febril temblor de la primera gripe. Un plato de turrón para los Reyes Magos. Marina –la chica que nos ayudaba en casa– secándose el pelo junto a la estufa de carbón. Miedo a la oscuridad. Petardos. *Los Cinco* y *el tesoro de la isla*. Niebla en el campo de fútbol del colegio San José. Una trenca heredada de mis hermanos. Gominolas, regaliz rojo y chicles Cheiw. La vuelta del pan tintineando en el bolsillo. Niñas jugando a la goma en la acera. La bata azul de Martín en la tienda de ultramarinos. Un cortado de fresa y nata. *Valentina, una sabihonda, es un pelma el Capitán*. Zapatillas de paño. Pan con chocolate. Mi madre haciendo gimnasia en el dormitorio. *Y a ese gran Locomotoro no lo podemos aguantar*. Naftalina en el ropero. Tortugas. Jilgueros. Hamsters. Un jersey con coderas. El termómetro de la plaza Zorrilla marcando seis grados bajo cero. Mi hermana recién nacida en la cuna del hospital. Señorita, me hago pis. Peces naranjas en el estanque del Campo Grande. Unas botas katuskas para poder jugar en los charcos. Mi padre en la penumbra del cine Roxy. Olor a leche hirviendo, a café, a sábanas recién lavadas, a la masa aún caliente de las rosquillas. Ya lo entenderás cuando seas mayor. Garbanzos fritos. Besos de buenas noches. El asfalto reblandecido por el sol del mediodía. *Vamos a cantar la canción del tres*. Cromos de futbolistas. Las campanas de los franciscanos. *¿Cuántos son tres?* Una alfombra de pelusas blancas. La marca del moreno en los brazos. Nubes encendidas en un cielo que se apaga... Podría seguir, pero no quiero aburrirles. Además, toda lista ha de parar en algún sitio. Incluso las de la infancia.



AQUÍ FALTA UN COLEGIO.

El hambre, la guerra y el desplazamiento forzoso dejan a millones de niños y niñas africanos sin colegio. Con tu colaboración trabajamos para que este derecho se haga realidad.

Entreculturas.

EDUCAR ES DAR OPORTUNIDADES

